



Laurence Thieux: *Islamismo y democracia en Argelia. Francia y Estados Unidos frente al conflicto*. Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 2008.

ISBN: 978-84-96327-42-9

402 pp.

### Irene Fernández Molina

Investigadora predoctoral (FPI), Departamento de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales (Estudios Internacionales), Universidad Complutense de Madrid.

La guerra civil argelina de los 90 representó, para los países de Europa y Estados Unidos, la puesta de largo del movimiento islamista como actor y como amenaza transfronteriza prioritaria del nuevo orden internacional de la *posguerra fría*. Sorprende, por tanto, el escaso número de monografías en lengua española dedicadas al análisis de sus orígenes, evolución y consecuencias<sup>1</sup>. Por si no bastara con contribuir a llenar este vacío, el libro de Laurence Thieux recientemente publicado por Ediciones del Oriente y del Mediterráneo se ocupa de uno de los factores cruciales en el devenir del conflicto: su percepción por parte de la comunidad internacional y la (in)acción al respecto de los gobiernos de Estados clave como Francia y Estados Unidos.

La pregunta crucial que se repite de principio a fin son las razones de la “indiferencia” o “pasividad” internacional ante la “tragedia vivida a puerta cerrada por el pueblo argelino” durante casi una década (p. 9). Este desinterés no llamaría tanto la atención si no hubiese tenido lugar en unos años en los que la sacrosanta soberanía nacional y la no injerencia en asuntos internos, bases de la arquitectura normativa del orden internacional inalteradas durante siglos, comenzaban a ser cuestionadas o reinterpretadas en diversos sentidos, empezando por la defensa de la legitimidad de la intervención humanitaria en conflictos como los de Somalia, Ruanda o la antigua Yugoslavia<sup>2</sup>: “¿Cómo pudieron Francia y Estados Unidos

---

<sup>1</sup> Entre las excepciones cabe citar: BUSTOS GARCÍA DE CASTRO, Rafael: *El cambio político en Argelia (1988-1992): Análisis sistémico de una transición discordante*. Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, 2003. PÉREZ LÓPEZ-PORTILLO, Raúl: *Argelia, el fin del sueño islamista*. Sílex, Madrid, 1999. OBISPO, Soledad, RUFINS, Olga (coords.): *Identidades para la paz. Argelia por la reconciliación nacional*. Icaria, Barcelona, 1999.

<sup>2</sup> Véase GARCÍA SEGURA, Caterina, RODRIGO HERNÁNDEZ, Ángel: “Introducción: El orden internacional tras el conflicto de Irak”, en GARCÍA SEGURA, Caterina, RODRIGO

permanecer impasibles, legitimando su pasividad por un recurso abusivo al respeto de la soberanía argelina, aun cuando en otros lugares dicho principio se había transgredido sin ningún reparo, alegando el deber de intervención?" (p. 11). Aún es más, al margen de los medios políticos y militares, la extraversion económica y creciente dependencia financiera del régimen argelino proporcionaban a la comunidad internacional unos resortes inestimables a la hora de influir en el desarrollo del conflicto (p. 393). Si algo faltaba, era sobre todo voluntad política.

Es cierto que el régimen militar establecido en Argel tras la interrupción del proceso electoral de 1991-1992, decidido a evitar cualquier tipo de intromisión externa en lo que presentó al mundo como un dilatado episodio de lucha antiterrorista, demostró ser un avezado manipulador de la información dirigida allende sus fronteras, y por encima de todo hacia París (pp. 142-143). Pero su propaganda no basta por sí sola para explicar tanta desidia internacional. Necesariamente hay que sumarle otros elementos como la percepción de un dilema entre estabilidad y democracia en el mundo arabomusulmán, generalizada a medida que se constataba el auge y potencial electoral de las fuerzas islamistas en la mayoría de estos países; y el protagonismo cedido a Francia a la hora de responder a los acontecimientos de una zona que aún se consideraba como su *área reservada*. Ésta fue la opción preferida en general tanto por el conjunto de la Unión Europea (UE) como por las sucesivas Administraciones estadounidenses, sin intereses vitales que salvaguardar en Argelia y al mismo tiempo incapaces de quitar ojo a un conflicto que intuían como laboratorio de la posible evolución política de todo el *Middle East and North Africa* (MENA).

En la primera parte de este trabajo se repasan las causas y la cronología del conflicto argelino, empezando por las revueltas de 1988, desencadenantes de la apertura política del régimen de partido único establecido tras la independencia nacional (1962) y la instauración de un nuevo marco constitucional pluralista (1989) promovida por el presidente Chadli Benyedid. Merecen una atención particular las circunstancias de la inmediata emergencia del Frente Islámico de Salvación (FIS) en su doble condición de movimiento social capaz de atraerse a las clases desfavorecidas y partido político moderno con la aspiración de participar en el sistema; así como las diferencias internas entre su corriente *yazarí* o argelinista, entroncada con el nacionalismo y más reformista, y la *salafí*, partidaria de la transformación radical del régimen. La respuesta del *establishment* militar a sus victorias en las urnas en los comicios municipales de julio de 1990 y legislativos de diciembre de 1991 (primera vuelta) llegaría en enero del año siguiente con un golpe de Estado al que se trató de dotar de una apariencia de constitucionalidad obligando a la disolución de la Asamblea Nacional y la dimisión del presidente. De inmediato estalló la violencia de una miríada de grupos islamistas armados apenas controlados por el FIS, cuyo aparato político había sido desmantelado y cuyos principales dirigentes estaban entre rejas. El surgimiento del Grupo Islámico Armado (GIA), que, además del Gobierno, atentaba contra intelectuales, laicos y *occidentales*, dio inicio a un largo proceso de atomización de las facciones islamistas insurrectas.

Sólo cuando la gestión exclusivamente militar de la crisis empezaba a dar signos de agotamiento, el régimen emprendió un proceso de institucionalización con el fin de procurarse una nueva legitimidad y recuperar el apoyo político y financiero de la comunidad internacional. Ésta fue la razón de ser de las elecciones

---

HERNÁNDEZ, Ángel (eds.): *El imperio inviable. El orden internacional tras el conflicto de Irak*. Tecnos, Madrid, 2004, pp. 19-26.

presidenciales celebradas en 1995, que confirmaron a Liamín Zerual en el puesto que ya ocupaba desde un año antes; la aprobación en referéndum de una nueva constitución (1996); y la subsiguiente convocatoria de legislativas (1997). Coincidiendo con el llamamiento de los principales partidos de la oposición —FIS incluido— a una salida política del conflicto basada en el diálogo sin exclusiones (Plataforma de Roma, 1995), Zerual se permitió sugerir una estrategia más conciliadora, lo cual no hizo sino evidenciar las tensiones en el seno del ejército entre *negociadores* y *erradicadores*. Las iniciativas de diálogo se toparon en 1997 con un nuevo recrudecimiento de la violencia, fruto de la disgregación de los grupos armados islamistas y la proliferación de organizaciones paramilitares como las llamadas *milicias de autodefensa*. Fue el momento en que más se hicieron notar las presiones internacionales sobre el régimen, impulsadas sobre todo por las organizaciones de defensa de los derechos humanos. La reprobación exterior sólo amainaría tras la llegada a la presidencia de Abdelaziz Buteflika y la promulgación de la Ley de Concordia Civil (1999), con la que se proclamaba el inicio de un proceso de reconciliación nacional bien recibido en las cancillerías de Europa y Estados Unidos. No en vano, según la autora, la imagen exterior de Argelia ha sido una “preocupación constante” del que fuera ministro de Exteriores de Huari Bumedián y “esta búsqueda de legitimidad internacional se ha plasmado en una intensa actividad diplomática” (p. 107).

Pero el interés de este libro proviene sobre todo de sus partes segunda y tercera, en las que se analizan las grandes orientaciones de las políticas de Francia y Estados Unidos ante este conflicto, los factores que las explican y su evolución en el tiempo. Thieux realiza un examen pormenorizado de la política exterior francesa y las acciones y reacciones de los distintos actores implicados en ella en cada una de las fases del conflicto argelino. A ellas se superponen los tiempos de la singular cronología política *doméstica*, marcada por la sucesión de etapas en que el presidente de la República y el primer ministro pertenecen al mismo partido, y otras en las que ambos provienen de formaciones de distinto signo (*cohabitación*), dando lugar a una compleja bicefalia en el poder ejecutivo que también se proyecta en la política exterior. Otro momento clave, desde el punto de vista multilateral, fue la presidencia francesa de la UE del primer semestre de 1995, que París aprovechó para intentar internacionalizar la cuestión argelina y aligerar su fardo de responsabilidades (p. 229). En general, las grandes constantes de la actuación francesa fueron la voluntad de garantizar la seguridad de los intereses propios en Argelia; el establecimiento de una política restrictiva en materia de inmigración como medida de seguridad interna; la neutralidad formal y el distanciamiento político del conflicto, amparado en el principio de no injerencia; el rechazo de cualquier contacto con las fuerzas islamistas; y el apoyo económico “incondicional” al régimen militar (pp. 122, 171). Esta última opción se justificaba por una lectura economicista de las causas de la guerra y se concretó en una cuantiosa ayuda financiera bilateral y la intercesión a favor de Argel ante el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la UE (pp. 202, 214).

Entre los factores que condicionaron esta política, el primer lugar sigue reservado al inevitable “peso de la historia”, tanto colonial como postcolonial, acumulado sobre las relaciones francoargelinas. Por encima de todo, la “violencia de la ruptura” (p. 127) del cordón umbilical entre ambos países en la guerra de independencia argelina (1954-1962) sigue marcando las percepciones y representaciones vigentes en la sociedad de la antigua metrópoli. Además, si hablamos de ideas, también fueron decisivos en la interpretación francesa del

conflicto los estrechos vínculos existentes entre las élites de ambos Estados, convertidos a veces en una auténtica lente deformante de la realidad (p. 135). Y los medios de comunicación, que, según la autora, transmitieron en general una visión “maniquea y reductora” de cuanto ocurría al otro lado del Mediterráneo, visto siempre a través del prisma de la política y la seguridad interna (pp. 138-139): un caso de libro de *interiorización* de una cuestión exterior. El debate intelectual francés tampoco estuvo a la altura: algunos de sus protagonistas de mayor renombre llegaron a ser burdamente utilizados por la propaganda de Argel (pp. 140, 144). Todo lo cual ha llevado a analistas como Pierre Vermeren a preguntarse: “¿Quién ha tenido interés, en nuestro país, en que la segunda guerra de Argelia fuera una ‘guerra invisible’, y cómo fue organizado este *black-out*?”<sup>3</sup>.

Con todo, no sería justo menospreciar la envergadura y complejidad de los desafíos internos que la crisis argelina planteaba a las autoridades francesas. Éstas temían tanto una oleada migratoria desencadenada por la instauración de un régimen islamista en Argel como el contagio de dicha ideología a las comunidades musulmanas de Francia, en un momento de explosión de sus reivindicaciones y presencia pública. Por no hablar de la posibilidad de sufrir ataques terroristas en carne propia, que se materializó en el secuestro del Airbus de Air France (1994) y los atentados cometidos en París durante el verano de 1995. Las chispas del incendio argelino alcanzaban, pues, en Francia a terrenos tan inflamables como los de la inmigración, la gestión del islam y la lucha antiterrorista. “Por lo tanto —concluye Thieux— no se trataba para el gobierno francés de una mera cuestión de política exterior” (p. 146). La “omnipresencia” del Ministerio del Interior en la gestión de la *cuestión argelina* (pp. 172, 204) es una prueba suplementaria de la *interiorización* de este dossier —aunque no excluía cierta división de papeles: Interior se ocupaba de las cuestiones relativas a la seguridad, mientras que Exteriores guardaba más las distancias con el régimen argelino y apoyaba formalmente el diálogo (p. 212)—.

Poco que ver con la situación de Estados Unidos. Ni la historia ni la geografía impedían a la superpotencia ver este conflicto desde la barrera. A diferencia de Francia, ésta contaba con intereses vitales en el Magreb o una numerosa comunidad argelina dentro de sus fronteras. Fue el protagonismo adquirido por el islamismo en esta coyuntura lo que despertó en Washington “un renovado interés por el país magrebí” (p. 314). La Administración estadounidense vigilaba su evolución con una lente de gran angular, preocupada sobre todo por las repercusiones del auge islamista en el conjunto de la región MENA, tanto en el plano de la política interna como en las relaciones internacionales. No era ninguna novedad: la relación entre Argelia y Estados Unidos había estado definida por el contexto internacional desde los años de la Guerra Fría (p. 276). La distancia permitió a este país mantener en relación con el islamismo argelino una política que la autora define como “conciliadora y pragmática” (p. 303) o “compleja, matizada y ambigua”: “Desde la interrupción del proceso electoral en 1992, Estados Unidos mantuvo cierta neutralidad. La Administración norteamericana mostró más reservas a la hora de apoyar al régimen militar de Argelia que los países europeos y se declaró a favor de una solución pactada, sin descartar la posibilidad de dialogar en el futuro con los islamistas moderados” (p. 339). A la vez que se apoyaba una solución política incluyente y la reanudación del proceso electoral, se recomendaba infatigablemente la liberalización de la economía argelina. No obstante, a partir de 1994-1995 se

<sup>3</sup> VERMEREN, Pierre: *Maghreb: La démocratie impossible?*. Fayard, París, 2004, p. 291.

acercaron posiciones con Francia y se apostó por un respaldo condicionado del régimen de Argel en el momento en que éste iniciaba su proceso de institucionalización (pp. 303, 344, 358).

La principal preocupación detrás de esta política no era otra que la seguridad regional. Desde el punto de vista estratégico, Washington temía que la expansión y llegada al poder de fuerzas islamistas se convirtiera en un obstáculo para el proceso de paz de Oriente Próximo (pp. 285-286), redujese su margen de maniobra en el Mediterráneo a la hora de llevar a cabo operaciones como las de la guerra del Golfo (p. 291) o provocase la desestabilización de regímenes aliados vecinos —en este caso, los de Marruecos, Túnez o Egipto (p. 299)—. También se tenía en mente desde los años 70 el riesgo de que el petróleo fuera instrumentalizado al servicio de una política de antagonismo con *Occidente* (p. 288); y cada vez se prestaba más atención a la lucha contra el *terrorismo islámico* y la proliferación de armas de destrucción masiva (p. 288). Pero el contexto de la política de Estados Unidos hacia Argelia quedaría incompleto si no se incluyera en él el rico debate académico e ideológico desarrollado en sus universidades y *think tanks* en torno al islamismo, su compatibilidad con los sistemas democráticos y la política adecuada frente a él (confrontación o diálogo). La divisoria fundamental separaba —y sigue separando— a unos neorientalistas, que, desde concepciones esencialistas, “asimilan el renacimiento religioso islámico al fanatismo y lo consideran un fenómeno irreversible, consustancialmente antidemocrático y hostil a Occidente”; de los neotercermundistas, que ven en el islamismo “una respuesta política a un contexto particular de crisis y que lleva a cabo una interpretación moderna de los preceptos religiosos” (p. 317). Pese a todo, según Thieux, las posiciones de las autoridades de este país resultaron ser mucho más pragmáticas y matizadas de lo que tales discusiones hacían esperar (p. 323).

Además de todos estos jugosos y afinados análisis, a lo largo del libro hacen aparición un buen número de cuestiones de calado que trascienden el objeto específico de estudio. En primer lugar, la percepción del islamismo —evidente sobre todo en el caso estadounidense— como un fenómeno de alcance internacional, “capaz de movilizar más allá del ámbito nacional donde se ha desarrollado” (p. 13). Sólo así se explica la preocupación por los vínculos del FIS con otros partidos y movimientos islamistas, eventual origen de “una hipotética ‘alianza islámica’ que modificaría el equilibrio de fuerzas de la región” (p. 299). Precisamente a principios de los años 90 se especuló con la posibilidad de que este tipo de fuerzas políticas desarrollaran una “teoría islámica de las relaciones internacionales” a base de valores religiosos —la primacía de una *umma* transnacional sobre los respectivos marcos nacionales— y aportaciones de las teorías de la dependencia. O bien podían inducir a los gobiernos de sus países a aplicarla en su política exterior para ganar legitimidad, o bien ponerla en práctica ellos mismos tras alcanzar el poder<sup>4</sup>. Sin embargo, el tiempo parece haber dado la razón a quienes, por el contrario, intuían la deriva *islamonomialista* de estos movimientos y la escasa repercusión de su ideología sobre las relaciones internacionales: “El islam político ya no es un problema geoestratégico, es como mucho un fenómeno de sociedad. En todo el

---

<sup>4</sup> KORANY, Bahgat, DESSOUKI, Ali E. Hillal: “The Global System and Arab Foreign Policies: The Primacy of Constraints”, en KORANY, Bahgat, DESSOUKI, Ali E. Hillal (eds.): *The Foreign Policies of Arab States: The Challenge of Change* [2ª ed.]. Westview Press, Boulder, 1991, p. 32. Véase también DAWISHA, Adeed (ed.): *Islam in Foreign Policy*. Cambridge University Press/The Royal Institute of International Affairs, Cambridge, 1983.

mundo musulmán, los Estados nación resisten fácilmente a las llamadas a la unidad y el reagrupamiento de la comunidad islámica”, afirmaba ya entonces Olivier Roy<sup>5</sup>.

En segundo lugar, y no sin conexión con lo anterior, Thieux pone de manifiesto el impacto del auge islamista en los procesos de cooperación regional en el Mediterráneo impulsados en estos años tanto por la UE como por Estados Unidos. La experiencia argelina y los riesgos para la seguridad que evidenciaba fueron decisivos en la toma de conciencia europea sobre la necesidad de fomentar la estabilidad de los países de la ribera sur integrándolos en su espacio económico y reforzando el diálogo político, en un proceso que conduciría a la creación, en 1995, de la Asociación Euromediterránea (pp. 254, 270-271)<sup>6</sup>. Pero también está en el trasfondo de la gestación del Diálogo Mediterráneo de la OTAN, inaugurado justo el mismo año: “Los países del Sur de Europa, preocupados por las consecuencias que podría tener la radicalización del conflicto en Argelia sobre su propia seguridad interna, presionaron en el interior de la propia Alianza para dar prioridad al área del Mediterráneo” (p. 308). Sin olvidar, como precisa la autora, que ésta era también una maniobra destinada a reequilibrar el reparto de poder en el seno de la organización (p. 310).

Por último, las observaciones de Thieux obligan a reflexionar de nuevo sobre la influencia de los medios de comunicación sobre la política exterior: “A diferencia de otros conflictos, como el de Yugoslavia, Ruanda o Somalia, el conflicto argelino no movilizó a los medios de comunicación ni suscitó reacciones importantes de la opinión pública occidental, que podría haber desembocado en operaciones militares o humanitarias” (p. 138). Está claro que en esta ocasión no se produjo el llamado *efecto CNN*, uno de los fenómenos más en boga en los debates de las Relaciones Internacionales de los años 90. La idea era que, para bien o para mal, la atención concedida a un determinado conflicto por parte de las agencias de noticias y medios de comunicación con capacidad de definir la agenda internacional podía llegar a determinar el interés de los gobiernos de las grandes potencias y las organizaciones internacionales, aun hasta el punto de provocar una intervención humanitaria<sup>7</sup>. Ya sea debido a la hábil manipulación informativa del régimen de Argel, a factores estructurales derivados la economía política internacional de los medios de comunicación o a consideraciones puramente ideológicas, el caso es que este conflicto constituye una excepción flagrante a la “globalización de la conciencia moral” proclamada por Michael Ignatieff en la misma época<sup>8</sup>.

---

<sup>5</sup> ROY, Olivier: *L'échec de l'islam politique*. Éditions du Seuil, París, 1992, p. 10. Véase también BURGAT, François: *L'islamisme au Maghreb: La voix du Sud (Tunisie, Algérie, Libye, Maroc)*. Karthala, París, 1988, p. 41. EHTESHAMI, Anoushiravan, HINNEBUSCH, Raymond: “Conclusion : Patterns of Policy”, en HINNEBUSCH, Raymond, EHTESHAMI, Anoushiravan (eds.): *The Foreign Policies of Middle East States*. Lynne Rienner, Londres, 2002, p. 344.

<sup>6</sup> Véase LAMLOUM, Olfa: “L'enjeu de l'islamisme au cœur du processus de Barcelone”, *Critique internationale*, nº 18, enero de 2003, pp. 129-142.

<sup>7</sup> ARENAL, Celestino del: “La nueva sociedad mundial y las nuevas realidades internacionales: Un reto para la teoría y para la política”, en *Cursos de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales de Vitoria-Gasteiz 2001*. Universidad del País Vasco/Tecnos, Bilbao/Madrid, 2002, p. 59. ORTEGA, Andrés: *Horizontes cercanos. Guía para un mundo en cambio*. Taurus, Madrid, 2000, p. pp. 133-135.

<sup>8</sup> IGNATIEFF, Michael: *El honor del guerrero*. Taurus, Madrid, 1999.